

XIV Jornadas Rosarinas de Antropología Socio-cultural:
Antropología(s) en el contexto sociopolítico actual
Debates y desafíos en clave latinoamericana
Facultad de Humanidades y Artes
UNR

Taruselli, María Victoria
Universidad Nacional de Entre Ríos

“Me das una mano para sacar un turno”: la gestión cotidiana de la política social en una organización indígena de la ciudad de Rosario.

El presente trabajo forma parte de una investigación más amplia que se propone analizar las relaciones entre las políticas estatales implementadas en el barrio Los Pumitas (Rosario) y las prácticas de organización cotidiana desplegadas por los grupos qom que allí residen, en el marco de una forma de gestión estatal de la diversidad – sobre la que no me detendré aquí- inaugurada en la década de 1980 mediante la sanción de la ley nacional de política indígena y la creación de organismos nacionales y provinciales para implementarla. En esta ponencia me centro, puntualmente, en el análisis de las prácticas y relaciones cotidianas involucradas en la gestión colectiva de dos políticas sociales: la “copa de leche” y la Asignación Universal por Hijo (AUH).

En dicho barrio se creó en el año 2004, el Centro Cultural y Comunitario Mapik, cuando Osvaldo –su actual referente- junto con un equipo de profesionales, llevó adelante el proceso de inscripción de la comunidad en el Registro Nacional de Comunidades Indígenas (RENACI). Desde entonces se realizaban allí talleres de apoyo escolar y recreativo para niños, cursos de formación en oficios y talleres de alfabetización para jóvenes y adultos, se organizaban los festejos por el “Día de la Diversidad” y el “Día del niño” y se sostenía la “copa de leche”. Además era el lugar privilegiado por los funcionarios estatales para realizar reuniones y operativos –de salud, documentación, entre otros-. Según expresaba Osvaldo, como resultado de todo ello, Mapik se había convertido en una referencia de organización indígena en la ciudad y un lugar privilegiado por el Estado para “bajar políticas” al espacio barrial.

Allí, todos los lunes, miércoles y viernes alrededor de las 14 horas, un grupo de mujeres se juntaba a preparar la merienda para los niños del barrio. La copa de leche se había puesto en marcha en el año 2006 luego de que Osvaldo gestionase su apertura ante el gobierno provincial y, desde entonces, se sostenía sin interrupciones. Marta –su esposa- siempre era la primera en llegar, comenzaba a preparar el local, organizaba la jornada y distribuía las tareas que, de algún modo, ya estaban implícitamente pautadas. Se ponía a calentar una gran olla con agua donde se preparaba la leche y en simultáneo, se armaba la masa y los bollos para las tortas fritas. Alrededor de las 17 horas, los niños comenzaban a hacer una fila con una jarra y una bolsa de nylon en la mano. Cuando todo estaba listo, Marta y Silvia -su hija- repartían el alimento y los niños se retiraban a tomar la merienda en sus hogares.

Los días martes el local cambiaba su fisonomía cuando Marcela y Florencia -sobrina e hija de Osvaldo respectivamente-, abrían una especie de oficina para recibir a quienes necesitaban realizar algún trámite de ANSES¹. En aquellos momentos, se colocaba una mesa en la puerta o en el patio si el clima no lo impedía, en la que se iba apilando la documentación, se sacaban fotocopias de DNI y se completaban formularios según las exigencias del trámite a realizar. Además, si el acceso a internet lo permitía –la conexión se interrumpía con frecuencia- se podía consultar el estado de expedientes o sacar turnos e, incluso, realizar de modo gratuito trámites que en los kioscos cercanos tenían un costo, tales como, obtener una Constancia del Código Único de Identificación Laboral (CUIL). Ambas hacían este trabajo con mucho entusiasmo y cumplían rigurosamente el horario de apertura del local. Al día siguiente se ocupaban de llevar toda la documentación a la oficina de ANSES donde completaban los trámites de los vecinos.

En este trabajo reflexiono sobre la *puesta a andar* de estas políticas en tanto proceso de (re)creación de prácticas colectivas y relaciones entre las mujeres, el resto de las familias del barrio y el Estado que, claramente, excedían los objetivos de las políticas, estatalmente enunciados y los procedimientos más rutinizados implicados en las mismas. En relación con ello, dos ejes analíticos (que aunque diferenciables resultan inescindibles) recorren la ponencia: el primero afirma que estas políticas constituyen un modo de reproducción del Estado (Restrepo Velásquez, 2010) o mejor, una forma estatal de permear las relaciones en el territorio. El

¹ Desde el año 2011 la ANSES organizaba en el local cursos de capacitación para “navegar en la página”. Tanto Marcela como Florencia habían realizado uno de estos cursos y según decían “quedaron enganchadas” con la realización *on line* de trámites.

segundo, sostiene que la *puesta a andar* de las mismas involucraba una multiplicidad de prácticas y relaciones que configuraba un espacio/tiempo en el que se recreaba la construcción política de la organización.

Ahora bien, aun cuando no estuviese estipulado estatalmente -lo cual no significa afirmar que el Estado no haya intervenido en la definición de las prácticas políticas en función del género (Lagos, 2008)²-, eran mujeres quienes se ocupaban de poner a andar estas políticas. Mujeres que, además, no participaban de las reuniones con funcionarios ni formaban parte de la comisión. En este sentido, es posible coincidir con aquellos trabajos que analizaron la participación de mujeres en organizaciones –sean estas indígenas o no– como responsables de sostener comedores, roperitos, etc., lo cual junto con su no acceso a instancias de representación y dirigencia daba cuenta de cierta reproducción de las desigualdades de género al interior de las organizaciones (Andújar, 2005, Cross y Freytes Frey, 2007, Partenio, 2008, Russo, 2009).

Por otra parte, las discusiones en torno a la participación de mujeres indígenas en sus comunidades y organizaciones, constituyeron un interesante campo de reflexión que, desde una perspectiva etnográfica, indagaron diversas problemáticas: desde la centralidad de las mujeres guaraníes en la economía doméstica que, sin embargo, no tenía su correlato en una mayor participación política en sus comunidades (Hirsch, 2003, 2008), la participación de las mujeres en espacios públicos, tanto en la gestión de políticas estatales y en la ocupación de cargos en los consejos comunitarios de sus comunidades (Castelnuovo, 2013) como en el Encuentro Nacional de Mujeres, particularmente, en el taller de las “Mujeres de los Pueblos originarios” (Sciortino, 2013, 2015).

En diálogo con esta literatura afirmo aquí que *poniendo a andar* las políticas sociales, estas mujeres configuraban un espacio/tiempo que permitía, por un lado, habilitar (y disputar) instancias de socialización y participación política al interior de la organización, y por otro, recrear y fortalecer la construcción política territorial de Mapik y de Osvaldo. Me interesa sostener que, mediante la gestión de la copa de leche y de los trámites de ANSES, las mujeres

² En diferentes trabajos se ha reconocido que el Estado, a través de las transformaciones estructurales propias del neoliberalismo, estipuló una nueva forma de participación de los sectores a los que destinan políticas sociales asistenciales. Específicamente, para indagar cómo las políticas sociales se sirven de la tradicional división sexual del trabajo para su implementación, tendiendo a perpetuar el binomio “madre igual mujer” es posible consultar, entre otros, los trabajos de Masson (2003) y Russo (2009).

hacían política en la medida que sostenían las actividades que más cuerpo y profundidad le imprimía a la idea de “trabajo territorial”³ mediante la que se producía y reproducía la construcción política de la organización. Con estas prácticas, las mujeres no sólo mantenían el local abierto todas las tardes de la semana, activaban los vínculos con las familias del barrio sino que, además, facilitaban el acceso a derechos reconocidos estatalmente. Si bien, estas prácticas políticas no se desplegaban en espacios tan visibles como puede resultar un Programa de Desarrollo (Castelnuovo, 2013) o un Encuentro Nacional de Mujeres (Sciortino, 2015), las mujeres llenaban de contenido la política territorial, en los términos definidos por Osvaldo. Protagonistas de un “transcurrir” – en los términos acuñado por Fernández Álvarez, 2016- en el que lo que *“resulta relevante no son los resultados sino el proceso mismo”* y construyendo política cuando pareciera que no “pasa nada” (Fernández Álvarez, Gaztañaga y Quirós, 2017), las mujeres hacían política territorial sosteniendo dos políticas centrales en la vida de las familias del barrio. Así pues, *poniendo a andar las políticas estatales y con ellas andando, transcurriendo*, recreaban la política territorial de la organización.

Historia y cotidianidad de la copa de leche. Gestionando la política desde que “acá no había nada”

En Mapik, “la leche” –como solían llamar a la política quienes participaban de la organización- se ponía a andar tres veces por semana cuando un grupo de mujeres se juntaba en el local a preparar la merienda y, aun cuando ciertas rutinas hacían al funcionamiento del espacio, la puesta a andar de la misma iba desplegando en su devenir diferentes prácticas, relaciones y sentidos que, claramente, excedían la definición de objetivos y exigencias estatalmente enunciadas y desbordaban esos procedimientos más rutinizados.

En primer lugar, la leche era fundamental en la historia de la organización, no sólo porque allí se preparaba la merienda para alrededor de trescientos niños sino también porque era una de

³ Si bien no puedo explayarme demasiado, decir que con “trabajo territorial” Osvaldo describía la práctica política de la organización y la suya propia. Éste se caracterizaba, muy brevemente, por: “caminar” el barrio, conocer a los vecinos (y que te conozcan), conocer las problemáticas de sus vecinos porque eran las mismas que él enfrentaba y responder a las mismas trabajando cerca. También se refería con ello a la regularidad y el sostenimiento cotidiano de actividades y a la gestión de políticas y recursos estatales en el territorio .

las primeras actividades que se había puesto en marcha y, en este sentido, había un relato de los orígenes anclado en ella. Cuando aún “*no teníamos nada, solo una personería, un número, la leche ya funcionaba...esto que ves (refiriéndose al local) no estaba*” me comentaba Osvaldo en una de mis primeras visitas al barrio y si bien en aquel momento no advertí la importancia que esto tenía, luego escucharía en numerosas oportunidades que quienes participaban de Mapik relataban su historia a través de *momentos* vinculados a esta política en particular.

Además de ser la actividad más antigua era también la más regular, no sólo en relación con otros espacios similares que funcionaron en el barrio sino también con el resto de cursos y talleres que se ponían en marcha en la misma organización. Éstos estaban, generalmente, coordinados por universitarios que solían adecuarlos a los ritmos y tiempos del año académico, por lo que en períodos de vacaciones o de exámenes las actividades solían suspenderse, aquietándose visiblemente los ritmos cotidianos de la organización. Sin embargo, la leche continuaba su funcionamiento habitual, las mujeres seguían trabajando, la organización andando y los niños llegando a retirar la merienda durante todo el año. Esto le imprimía a Mapik cierto movimiento, acción y circulación constante. Desde un principio percibí que esta regularidad vinculada al funcionamiento de la leche instalaba a la organización como un espacio siempre abierto y en funcionamiento, acercándola al resto de las familias. Aún más, me interesa plantear que esa regularidad resultaba central para el trabajo territorial que, según expresaba Osvaldo, no sólo guiaba las acciones de la organización sino que también era lo que la había “hecho grande” y valido el reconocimiento en la ciudad. Si la idea de “trabajo territorial” estaba anclada en la práctica de caminar el barrio, conocer a los vecinos (y que te conozcan) y responder a lo que ellos necesitan porque se trabajaba cerca, el sostenimiento de la copa de leche que implicaba que el local estuviese abierto tres veces por semana y que habilitaba el *momento* en el que los vecinos se acercaban a la organización, aportaba profunda aunque silenciosamente a esa construcción política.

Ahora bien, durante el tiempo que participé del espacio compartíamos con las mujeres encargadas de la preparación relatos sobre situaciones que acontecían en nuestra cotidianidad. Generalmente, conversábamos sobre discusiones con sus maridos y sus hijos, alegría por las buenas notas en “los boletines” de los mismos, enojos por la atención recibida en el centro de salud, entre tantísimos otros temas. Así pues, durante aquellas horas de preparación de la

merienda, compartíamos nuestras vidas, poníamos en común e incluso pensábamos colectivamente los modos de enfrentar problemáticas cotidianas. En este sentido, en la puesta a andar de la política “(...)aquello que es vivido como “privado” se torna visible y adquiere un status público que habilita nuevas formas de enfrentar y significar la propia historia, pero que a la vez implica instancias de profunda reflexión” (Partenio, 2008: 18).

Allí no solo se ponían en palabras problemáticas vinculadas a la intimidad del hogar sino también ciertas violencias que estas mujeres enfrentaban al transitar por los espacios públicos, institucionales y en el propio barrio. En este sentido, hablar sobre las miradas estigmatizantes y discriminatorias de las que solían ser objeto implicaba cuestionar ciertos abusos que, por frecuentes, se tornaban naturales. Considerando estos intercambios, durante la primera etapa de mi investigación sostuve que estas mujeres participaban de la leche porque generaban allí un espacio de socialización, es decir, su principal motivación radicaba en el encuentro con otras, una situación que no me resultaba (ni me resulta actualmente) para nada menor entre quienes solían mantener una reducida socialización por fuera del espacio barrial y, en un sentido más específico, del doméstico (en general, estaban desempleadas, solo una de ellas se encontraba en ese momento trabajando en el servicio doméstico por hora). Este supuesto tenía mucha fuerza en su momento y además mis registros parecían confirmar esta presunción.

Movilizaban aquellas reflexiones situaciones como las que reseño a continuación: Hoy, por primera vez, vino a la copa Lilia. Ella es amiga de Valeria y juntas están preparando las tortas afuera. Me quedo adentro con Marta y me comenta que Lilia vino porque está decaída, muy preocupada porque su hija se fue con el novio a vivir al otro barrio. Parece que el novio es violento y no la trata nada bien. Cuando terminamos de preparar la leche, saludo a las mujeres y Lilia me agradece por la compañía y la ayuda. “Disculpa que no charlamos mucho porque estoy un poco mal”, me dice y nos despedimos con promesas de conversar un rato en el próximo encuentro. Pienso que este es un motivo central por el cual las mujeres deciden venir a participar del “comedor”.

Sin embargo, fue la propia Lilia quien puso en tensión mi afirmación cuando algunas semanas después de sumarse al espacio porque “andaba un poco mal” me comentó “yo vengo porque necesito sino sabes cómo me quedaría en mi casa mirando la novela, yo siempre le pregunto a mi hermana para qué viene si su marido trabaja”. Más allá de la incomodidad que

me generaron sus palabras, no presté demasiada atención a estos motivos porque, por un lado, percibía que si me detenía en ellos el espacio perdería su *potencia política*, me resultaba claramente más plausible que se acercara porque le interesaba problematizar su vida cotidiana (o al menos porque allí encontraba un espacio para hacerlo) antes que pensar que lo hacía por necesidad. Por otro lado, para mí el espacio se había convertido en un lugar de encuentro con otras mujeres, es decir, personalmente vivenciaba la leche como un espacio de socialización.

Posteriormente, la lectura de algunas etnografías que mostraban que las personas solían participar en los movimientos impulsadas por motivos de lo más diversos e incluso, muchas veces, contradictorios (Manzano, 2008, Quirós, 2009, Espinosa, 2013), me permitió afirmar que acercarse al espacio por deseo y por necesidad podían coexistir. En definitiva, un motivo no invalidaba al otro. Más aún, hice una nueva lectura de aquello a partir de los trabajos de Fernández Álvarez (2010, 2011) quien propone correr el foco de indagación, advirtiendo que:

“La pregunta por la motivación (porque la gente participa) nos deja encerrados en una explicación que necesariamente nos conduce a considerar que existen, en el mejor de los casos, motivos que son a la vez materiales y simbólicas, estratégicos e identitarios. Pero sobre todo señalar que en todos los casos la pregunta por la motivación supone cuando no actores, al menos acciones racionales, es decir, supone que las personas hacen las cosas “por algo” (aunque ese algo sean muchas cosas a la vez y entremezcladas)” (2010: 16-17).

Desde esa perspectiva, es posible afirmar que no era determinante *para qué* ni *por qué* estas mujeres se acercaban a trabajar en la leche sino que la pregunta tenía que ver con *qué pasaba* cuando estaban allí, cuando “hacían juntas” -en los términos propuestos por la autora. Aún hoy me resulta imposible determinar si fue *en contra* o *a partir de* su condición de madres o esposas, si fue la necesidad o el deseo, si fue la leche⁴ o la socialización con sus compañeras, lo que impulsaba a estas mujeres a trabajar y, probablemente, haya habido algo de todo eso junto, diverso, contradictorio, mezclado, cambiante (Quirós, 2009, Fernández Álvarez, 2010, 2011). Sin embargo, estando allí las mujeres se encontraban y compartían sus tardes con otras, experimentaban su propia capacidad de agencia por fuera de sus hogares y construían,

⁴ Al finalizar la jornada, en el caso que sobre leche y tortas (algo que no acontece muy frecuentemente) las mujeres pueden llevar esos alimentos a sus hogares.

cotidianamente, un espacio de importantes implicancias para la organización, las familias del barrio y claro, ellas mismas. Así pues, más allá de los motivos que reunían a las mujeres en el local, se seguía recreando la *potencia política del encuentro*.

El Estado en un camión. Mercaderías, formularios y vigilancia(s).

En una de las tardes que, como otras, llego algo tarde a la copa de leche, las mujeres me cuentan que están preocupadas porque “la provincia” está cerrando las leches, que ya cerraron dos del barrio. La gente de la provincia está haciendo inspecciones en los horarios en que tienen que funcionar. “*Si vienen tres veces y no estás haciendo, te la sacan*”, me cuenta Marta notablemente angustiada. Le pregunto por qué no la hacen y me comenta que, en algunos casos, cuando los inspectores vienen no los encuentran porque funcionan en otros horarios, cuando los responsables pueden hacerla y, en otros casos, no las preparan y se reparten los alimentos con sus familias y también, llevan al Chaco. Entonces, recuerda que hace algunos años habían logrado tener comedor tres veces por semana pero era muy complicado porque las otras mujeres del barrio empezaron a hablar, a comentar que se quedaban con los alimentos y además, cocinar para tantos chicos en un espacio pequeño era muy dificultoso.

En relación con esto, me interesa describir cómo una serie de exigencias, mecanismos de control así como incumplimientos o demoras por parte del ministerio, implicaban relaciones sociales que contorneaban el espacio. En primer lugar, las exigencias de rendición de gastos de funcionamiento y la actualización y presentación de planillas de inscriptos: Silvia era la responsable de “tener los papeles al día”, mantener actualizado el registro de inscriptos, controlar que no haya mayores de catorce años y verificar la correcta elaboración de las facturas de compra de las garrafas, para ser presentados en las oficinas del Ministerio. Ella realizaba esta tarea sin mayores inconvenientes ya que lo venía haciendo hacía mucho tiempo y cumplía regularmente con ello sin mayores dificultades. Según manifestaba con cierto orgullo, tenía todo a mano por si llegaba alguna inspección.

El segundo mecanismo de control previsto por la política, era la visita de un inspector que “*si viene una vez y no te encuentra, te la sacan*”. Si bien, mientras participé de la leche nunca llegó un representante del Ministerio a controlar su funcionamiento, la posibilidad de que lo hiciera estaba latente y preocupaba a las mujeres, aún cuando estaban ahí trabajando en los días y

horarios previstos -que, según decían, era lo que el funcionario controlaría-. Su posible visita las inquietaba, yo no entendía aquella preocupación pues la leche se preparaba regularmente pero la posibilidad de un control, la imagen de un inspector y el temor de no tener a los ojos del mismo todo en orden, permeaba las relaciones al interior del espacio.

Ahora bien, cuando el camión que entregaba mensualmente la mercadería llegaba al local, las mujeres manifestaban sentir alivio y tranquilidad pues cuando “la provincia” se atrasaba con la entrega de los alimentos se volvía realmente complicado preparar la merienda. En general, los últimos días del mes ésta consistía solo en leche chocolatada ya que no alcanzaban los ingredientes para preparar las tortas, menos aún el dulce que se agotaba durante la primera semana posterior a la entrega. Ante la falta de alimentos o la demora en su entrega, las mujeres se mostraban muy preocupadas porque las madres comenzaran a “hablar”, a comentar que ellas se quedaban con los alimentos y así echasen a andar el “rumor” sobre la distribución de la mercadería. El modo en que circulan sospechas, rumores y chismes en torno a la distribución de los alimentos ha sido abordado en diferentes trabajos sobre “copas de leche” o “comedores” (Colabella, 2012, D’Amico, 2011), en los cuales se ha sostenido que los mismos revisten una gran importancia en la medida que convierten en cuestiones de moralidad pública, aquellas cuestiones que no pueden ser dichas abiertamente.

En Mapik se le temía a esos rumores y la mirada de las familias sobre la distribución de los alimentos era motivo de preocupación. En este sentido, me interesa plantear que dichos rumores actualizaban criterios de distribución definidos en oficinas estatales muy lejos del barrio que, sin embargo, eran reproducidos, recreados y puestos en actos mediante los mismos. La circulación de rumores sobre qué se hacía con los alimentos se basaba en estos criterios y al mismo tiempo, los activaba y los investía de cierto poder para regular las relaciones barriales de modo cotidiano. Es más, en torno a esos criterios se instalaba una especie de *vigilancia barrial* en torno a cuál era la justa distribución de los alimentos. Tanto los rumores como los chismes resultaban dispositivos de control más latentes, potenciales y difícilmente controlables y, en este sentido, más omnipresentes y preocupantes. Que comiencen a hablar las “otras mujeres” preocupaba mucho más que cualquier control formal que podía exigirse por parte del Estado pues era una vigilancia con una gran fuerza en las relaciones cotidianas y frente a la cual no se podía ensayar ninguna respuesta.

Sin embargo, estos criterios coexistían con otros, contruidos en la cotidianidad de las prácticas, según los cuales estas mujeres que asumían haber criticado a otros comedores por controvertir los criterios estatales, consideraban que “*no estaba tan mal*” llevárselos a sus familias del Chaco donde, según relataban, los necesitaban más que acá. Así pues, mediante las sospechas y los rumores se recreaba al Estado y su criterio distributivo que estipulaba que debía repartirse el alimento entre los inscriptos en el registro pero, al mismo tiempo, se lo desbordaba, contradecía y subvertía cuando estas mujeres sentían que la “necesidad” de sus familias en Chaco instalaba otro criterio, más urgente y justo.

Prácticas y relaciones en el local/oficina. Momentos para pedir una mano y un turno

Entre los años 2012 y 2013 la ANSES realizó en la organización tres cursos orientados a enseñar las herramientas básicas para el uso de su página web. De aquellos cursos participaron algunas mujeres jóvenes y, a partir de entonces, Marcela y Florencia abrían el local los martes por la tarde para recibir consultas en torno a dichos beneficios y recepcionar documentación. Luego ellas realizaban todos los trámites en las oficinas de ANSES. Florencia era la hija mayor de Osvaldo que no solía participar de las actividades en el local porque el cuidado de sus cinco hijos insumían gran parte de su tiempo, sin embargo, le interesaban las actividades de la gestión y administración de la organización y, en consecuencia, ya en el pasado se había ocupado durante un tiempo de la rendición de los gastos de la leche, una tarea que podía realizar desde su casa.

Según recordaba cuando surgió la convocatoria para realizar el curso de ANSES no dudó en anotarse pues ella *sabía* de las dificultades (y el costo económico) que traía aparejado sacar un turno y presentar la documentación en las oficinas del organismo. Marcela, su prima, tampoco participaba mucho de las actividades del local pero aceptó la invitación de Florencia y realizó el curso. Luego de la capacitación, ellas se ocupaban de recibir en el local los pedidos y la documentación para los trámites que, al día siguiente, realizaban en una oficina del organismo, donde eran recibidas por una “persona de confianza” de Osvaldo que facilitaba la gestión.

En la puerta del local habían puesto un cartel de papel afiche que indicaba: “Se realizan trámites de ANSES”, con el horario en el que era posible encontrarlas. Con el tiempo, el espacio se fue instalando, cada vez recibían más solicitudes y haberse convertido en las “chicas de ANSES” significaba para Florencia y Marcela una enorme responsabilidad que asumían

cumpliendo rigurosamente el horario de atención en el local e incluso recibiendo a las mujeres en sus domicilios por fuera del mismo. Así pues, frecuentemente, más allá de los horarios de atención, se acercaban madres a sus hogares para solicitarles la realización de un trámite, que era recibido sin ninguna resistencia por ellas. Observaba y me llamaba la atención, la paciencia y el tiempo dedicado por estas mujeres a la atención por fuera del horario estipulado y a las explicaciones vertidas cuando la falta de un papel o un paro de actividades demoraban la realización del trámite.

Sin dudas, esos encuentros entre Florencia, Marcela y el resto de las familias no se parecían en nada a lo que experimentaban las mujeres cuando intentaban realizar un trámite directamente en las oficinas estatales, donde, según reconocían, se encontraban con serias dificultades e incluso malos tratos. La contracara de ello era el trato que recibían de “las chicas de ANSES” en la organización, Marcela y Florencia no sólo resolvían el trámite sino que escuchaban pacientemente las experiencias de los vecinos, compartían unos mates, orientaban en lo que podían. De ahí que, la regularidad, el trato, la sencillez y gratuidad con la que se podían resolver trámites que solían ser engorrosos en las oficinas estatales fueron instalando a este espacio como una referencia para quienes aplicaban a los beneficios de la ANSES.

En este sentido, si sólo pensamos en lo que allí se resolvía, la organización se parecía en aquellos momentos a una oficina estatal: recibir documentación, chequear que estuviese ordenada y completa, entregar instructivos sobre cómo se realizaba un determinado trámite eran tareas que repetían Marcela y Florencia con cada uno de los vecinos que allí se acercaban. Observando esto, es posible afirmar que por momentos se (con)fundían los límites entre la organización y el Estado. Era, de algún modo, la materialización del Estado gobernando el territorio a través de la política social. De hecho, los beneficiarios se encontraban con Marcela y Florencia pero también con lógicas y prácticas estatales permeando sus relaciones cotidianas, es decir, allí estaba el Estado en movimiento permeando y articulando relaciones y realidades en el territorio.

Observar esos momentos me condujo a distanciarme de la literatura sobre *brokers*, según la cual Mapik podía pensarse como un mediador entre los beneficiarios y el Estado (Cohen y Comaroff, 1976), esto es, un actor político cuya actividad consistía en articular, mediar o procesar información con la intención de intercambiar su contenido entre unos y otros. Desde esta perspectiva, los brokers actúan como intermediarios entre el conocimiento y los problemas

concretos, en tanto actores que se posicionan simultáneamente en uno o más campos sociales, ya sea a nivel local o internacional y articulan contenidos y racionalidades desde ese múltiple posicionamiento. Sostengo que, antes que brokers, allí el Estado y la sociedad se (con)fundían, la organización reproducía lógicas estatales, y las prácticas cotidianas del Estado permeaban las relaciones sociales en el territorio. En este sentido, la perspectiva de la *gubernamentalidad* constituye un foco desde donde pensar aquellos encuentros, ya no como una práctica exclusiva del Estado sino como un ejercicio compartido de la cual participaba la organización (Fernández Álvarez y Carezo, 2011). En este sentido, desde Mapik se propiciaba el encuentro entre el Estado y los beneficiarios de las políticas, se acercaba la política al espacio barrial, y se facilitaba el acceso y efectivización de un derecho, desdibujándose en aquellos encuentros las fronteras entre el Estado y la organización.

Ahora bien, si consideramos que, en general, aquellos que se acercaban a “pedir una mano” solían sentarse, tomar un mate y quedarse conversando, socializando allí las dificultades con las que se encontraban en las oficinas de ANSES donde “siempre falta algún papel”, informándose sobre las actividades que se desarrollaban en el local y/o charlando de las cuestiones más diversas y cotidianas, es posible afirmar que la realización de trámites se iba transformando en *momentos* de encuentro. En esos momentos se iban construyendo vínculos que, claramente, excedían y desbordaban la política. Esta cercanía contradecía los términos en los que el Estado y los beneficiarios solían encontrarse. Observar en esas jornadas la gran cantidad de mujeres con niños que se acercaban, las rondas de mates que allí se armaban, las conversaciones en las cuales se daba cuenta de lo difícil y/o costoso (en términos monetarios) que resultaba realizar el mismo trámite en las oficinas oficiales o en los ciber cercanos, me obligaban a hacer una lectura más sobre estos encuentros.

Así pues, situaciones como la transcrita a continuación se repetían en aquellos momentos: Una tarde de martes llegó un hombre con un papel en la mano y se lo entregó a Florencia, por el modo en que se saludan deduzco que ellos se conocen, charlan sobre el expediente, entiendo que viene a consultar el estado del trámite por una pensión. Florencia me lo presenta, su nombre es Eduardo y, según me cuenta, desde el año pasado viene todos los meses al local para seguir el trámite. Después de charlar un rato, ella consulta en la página web de ANSES y le avisa que el trámite fue aprobado y que, probablemente, en julio o agosto empiece a cobrar. El hombre

visiblemente contento le agradece y promete invitarla un asado cuando se efectivice el cobro. Acuerdan en que volverá el próximo mes para ver si le asignan el lugar de cobro.

Seguir un expediente que en cualquier oficina estatal podía resultar una tarea tediosa, una espera hostil, iba transfigurándose en estos casos en un vínculo de otro tipo. Con ello no quiero decir que el tiempo dejase de ser un problema para aquel hombre que esperaba todos los meses contar con esos ingresos pero sí que, en torno a esa situación -que escapaba a las posibilidades de resolución de la organización-, iba construyéndose cierto afecto entre ellos. Cuando finalmente la jubilación fue otorgada el hombre compartió su alegría con Florencia y, aún cuando claramente no significaba lo mismo para ambos, había algo en común entre ellos después de un año de espera compartida. El hombre que hacía meses que se acercaba en el horario que sabía podía encontrarlas no solo consultaba su expediente sino que tomaban mates, compartían un rato de sus vidas y como consecuencia, cuando salió la jubilación la alegría fue compartida, ambos festejaron la buena noticia.

Para finalizar señalar que tanto mediante la puesta a andar de la “copa de leche” como de la AUH, además del Estado permeando las relaciones en el territorio, se construía *política territorial* desbordando las lógicas estatales. En el andar de las políticas las lógicas estatales permeaban el territorio y, al mismo tiempo, se impregnaban de otras lógicas, vinculadas al territorio, propias de quienes gestionaban desde la organización, y de modo cotidiano, la implementación de las mismas. Así pues, tanto la gestión colectiva de leche como de las políticas de ANSES que podían parecer momentos rutinarios de la organización eran también momentos profundamente políticos, poniendo a andar estas políticas las mujeres construían organización y política territorial.

Bibliografía citada:

ANDÚJAR Andrea (2005) “De la ruta no nos vamos: las mujeres piqueteras (1996-2001)”. En: *Xº Jornadas Interescuelas*, Rosario, Departamentos de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

CARENZO, Sebastián y FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Inés (2011) “El asociativismo como ejercicio de gubernamentalidad: cartoneros/as en la metrópolis de Buenos Aires”, *Nueva época*, Año 24, n° 65, México, pp. 171-192.

CASTELNUOVO, Natalia (2013) “Mujeres indígenas y desarrollo: las experiencias de tres mujeres guaraníes del noroeste argentino”. En: *Cuicuilco*, vol. 20, n°57, pp 11-46.

COLABELLA, Laura (2012) “La casa, el comedor y la copa de leche. Los espacios de la comensalía en los sectores populares”. En: *Apuntes de Investigación del CECYP*, Año XVI, n° 22, pp. 59-78.

CROSS, Cecilia y FREYTES FREY, Ada (2007) “Movimientos piqueteros: tensiones de género en la definición del liderazgo” En: *Argumentos*, vol. 20, n° 55, pp. 77-94

D’AMICO, María Victoria (2010) “Burocracia estatal, compromiso local. Los criterios compartidos de justicia en los modos de inscripción local de la estatalidad. Conflicto, costumbre y reconocimiento en un espacio de sociabilidad barrial”, ponencia presentada en VI Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

ESPINOSA, Cecilia (2013), “Malentendidos productivos: “clivaje de género” y feminismo en una organización de trabajadores desocupados de Argentina”, En: *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, n° 37, pp. 289-323.

FASANO, Patricia (2006) *De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza*, Buenos Aires: Antropofagia-IDES.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Inés (2010) “Desafíos de la investigación etnográfica sobre procesos políticos ‘calientes’”. En: *(Con)textos, Revista d’Antropologia i Investigació Social*, n° 4, pp. 80-89

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Inés (ed.) (2016) *Hacer Juntos(as). Dinámicas, contornos y relieves de la política colectiva*, Bs. As., Biblos

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Inés, GAZTAÑAGA, Julieta y QUIRÓS, Julieta (2017) “La política como proceso vivo: diálogos etnográficos y un experimento de encuentro conceptual”. En: *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, n° 231 (septiembre-diciembre). En prensa.

HIRSCH, Silvia (2003) “Las mujeres guaraníes de Salta en la esfera doméstica y pública: una aproximación antropológica”. En: *RUNA, archivo para las ciencias del hombre*, n° 24, pp. 213-232.

HIRSCH, Silvia (coord.) (2008) *Mujeres indígenas en la Argentina: cuerpo, trabajo y poder*. Buenos Aires: Biblos.

MANZANO, Virginia. (2008) “Etnografía de la gestión colectiva de políticas estatales en organizaciones de desocupados de La Matanza-Gran Buenos Aires”. En: *Revista Runa. Archivo para las ciencias del hombre*, N° 28, Instituto de Ciencias Antropológicas, UBA, pp. 77-92.

MASSON, Laura (2003) *La Política en femenino*, Buenos Aires: Antropofagia.

PARTENIO, Florencia (2008) “Género y participación política: Los desafíos de la organización de las mujeres dentro de los movimientos piqueteros en Argentina”. Informe final del concurso: Las deudas abiertas en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO, <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2008/deuda/partenio.pdf>>, [consulta: 10 de julio de 2014]. Consultado: octubre de 2016.

QUIRÓS, Julieta (2009) “Política e economía na acao colectiva: uma crítica etnográfica ás premissas dicotómicas”, En: *Revista Mana*, n° 15, Rio de Janeiro, pp. 127-53.

RESTREPO VELÁSQUEZ, Ana María (2010) “Las Políticas Públicas como mecanismos de reproducción del Estado: una mirada desde la política pública de juventud de Bogotá”. En: *Revista Antípoda*, n° 10, pp. 85-106.

RUSSO, Marlene (2009) “Escenas de la vida cotidiana: relatos y experiencias de mujeres jefas de comedores populares”. En: *VIII Reunión de Antropología del Mercosur (RAM)*, Buenos Aires.

SCIORTINO, Silvana (2014) “Violencias relatadas, derechos debatidos y mujeres movilizadas: el aborto en la agenda política de las mujeres indígenas en Argentina”. En: *Revista Caravelle*, n°102, pp. 87-106.

SCIORTINO, Silvana. (2015) “Procesos de organización política de las mujeres indígenas en el movimiento amplio de mujeres en Argentina. Consideraciones sobre el feminismo desde la perspectiva indígena”. En: *universitas humanística*, n° 79, pp. 65-87.